



Luis Sánchez Latorre: "Los Expedientes de Filebo"

La literatura tiene vida de año. Hace tiempo que la lanzan, firmemente amarrada, lecho abajo, convencidos —cada vez— que no levantará cabeza y será la hora de ir a esbectarla; pero no sucede, se vigorea con los golpes, y anda por todas partes con paso clásico y seguro.

No cabe duda que esto desconcierta y parece desconolar a los que profesan que en el momento menos pensado quedará perfectamente asonada. No pueden creer que sobreviva, se recobra bien y eche a vivir de nuevo con visible voluntad de buscar los peligros para vencerlos.

No se necesita insinuar que los que han estado tratando de matar a la literatura son —en verso y en prosa— escritores de talentos. Y los que han cometido muy de antemano su muerte son, por la general, críticos ágiles y resistentes a quedarse solos en la vida.

Na sería difícil mencionar unos cuantos nombres de asesinos de las letras universales. Para hacerlo con soltura habría que escribirlo, en fila numerada, los nombres de muchos de los más grandes poetas, novelistas y autores teatrales que se nos imponen, lo queramos o no, con la fuerza nada escasa de su rebeldía y —cuando no de su genio— de su ingenio vehemente y aventurero.

En realidad, estos asesinos —aunque lo hayan dicho en palabras de aburrimento— no han pretendido nunca serio. Han amado intimamente a la literatura y, en vez de matarla, la han remozado, renovada, y —al no revestida con ropajes vistosos, como solía acostumbrarse— desahogado con mano experta y alegremente encastrada. Los críticos han solido tardar en advertir que no se trataba de asesinato sino de huida, con la literatura libre de trabas, hacia tierras nuevas, vastas, hospitalarias.

Los que de veras, en todo tiempo, han procurado ser asesinos de la literatura han sido los malos escritores. Pero de estos nadie se ocupa detenidamente, ni siquiera los malos críticos.

Cuanto llevamos dicho podría desarrollarse extensamente y como, de manera ineludible, tendrían que asomar nombres de autores de diversos países, este pequeño comentario parecería rebozo de pedantería, cosa de que Filebo siempre a los lectores, de buena voluntad.

Sólo queremos recordar que, de unos años acá, han apareci-

literatura que estos "anti" afevridos y caminadores. Todos ellos han brotado del descontento de lo establecido y han ido incursionando en busca de nuevas sendas.

Por cierto que, casi siempre, los críticos han fruncido el ceño y gruñido amenazadoramente ante antipoesía que rompe todas las normas habituales para darse otras que no lo parecen; ante el imprevisto instante que saca de la escena la fotografía de la vida cotidiana para que la reemplace la vida adiestrada para la escena; ante la sorprendente antinovela que expulsa a los personajes parladores, bajo el brazo, de su anecdota sencilla y sólo deja entrar —inconscientes— a los que vienen a medio hacer y se construyen de página a página, con tal libertad que a veces no hay autor que los sujete al lector que los soporta.

Si los críticos han sido enemigos de todo esto, si su misión crean algunos que es juzgar campanudamente —esto es malo, esto otro es bueno—, y dirigir el tránsito de la gramática por los libros, así como de los pensamientos—cuando por eternidad los hay— y de las sensaciones, de las fantasías, de las febes con que se sorprende a la realidad; si así deben conducirse los críticos, será posible que alguna vez vea la antiliteratura?

Ya hemos visto que todo "anti" es vestigio del descontento de lo establecido y de la voluntad dichosa de renovación. Pues bien: ¿cómo puede haber una antiliteratura, si a su presunto cultivador le corresponde estar milifloco con lo conocido y procurar, lejos en mano, que no haya cambios repentinos y profundos?

Filebo nos contesta de manera cautivante en el excelente libro que firma Luis Sánchez Latorre, ante la mirada aguda de Samuel Pepys y la presencia de tan buenos testigos como Eusebio Colodrillo, Lidro Casajeto, Crisólogo Andrade, Aristóteles Calabón y otros varones de racha raíz y medija actual. "Los expedientes de Filebo" constituyen la papelería literaria novedosa donde la antiliteratura se establece en nuestra literatura con las armas que le protegen de toda crítica tradicional y malhumorada; la inteligencia rápida y ávida, la cultura amplia, el buen humor que de pronto se viste en la ironía delicada, a bien se encuda —haciéndose un guiso— en la dicitra de aguijón muy ágil, casi imperceptible en el instante de estallar en la librería, haciendo

mos— estos comentarios, críticas, reflexiones, análisis, ensayos acordes de autores y de libros aportan, desde luego, a nuestro juicio, esta importante novedad: el crítico no es hombre que juzga, que entrega su juicio inspeccionable y luego pasa a otra cosa, a otro libro, con la indiferencia de un magister abólico. Recuerda Sánchez Latorre estas palabras de Ortega: "A ser juez de las cosas, voy prefiriendo ser su amante". El no quiere ser juez de la literatura. La ama demasiado, y por amarla fustiga a veces a los bodeques que la hostigan, o distingue a quienes la quieren y respetan, porque en ellos encuentra entendimiento febo, sentido claro de que la actividad literaria no puede ser sino que búsqueda del hombre y anhelo de enriquecerla la vida.

A través de las doce partes de que se compone el libro, Filebo muestra con extraordinaria destreza todos los aspectos importantes de nuestra literatura, principalmente la de hoy. No se trata de juicios inamovibles sobre autores y libros, sino de señalar el espíritu que pone en movimiento a nuestros letras, espíritu a ratos temeroso, revoltoso, o desafiado y lleno de osadía, o, por último, espíritu que prepara, lento, su tema, y se fortalece, en cada vez más su propio dueño, para así ir afrontando mejor las pruebas que le aguardan. Para conseguir que esta acción indicadora sea valiosa y útil, el escritor no pasa superficialmente por encima de libros y de autores, como ploteando sombras. Procura alcanzar un cabal conocimiento de quienes escriben y de cómo lo hacen, conocimiento que cuando se ordena en despejada visión empieza su tarea crítica. Filebo participa entonces, a los demás sus hallazgos y, siempre con íntima seriedad, hasta cuando el buen humor le estalla detrás de las palabras, quiere que su amor de la literatura sea vitalmente compartido junto a los expedientes que ha ido reuniendo.

Hernán del Solar

Luis Sánchez Latorre, "Los expedientes de Filebo" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1966

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Luis Sánchez Latorre, "Los expedientes de Filebo" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile